

Del montaje pulsional al vínculo

Autor: Lic. Daniel Omar Antar (APA)

Propongo el concepto de pulsión, como un concepto de orden social. Si entendemos por social a la unidad mínima de intercambio entre dos seres humanos, no puede escapársenos la dimensión socio-vincular que tiene el encuentro del infans con el objeto significativo, sea este la madre o adulto tutelar. O sea, concepto de raigambre biológica, pero impensable sin su eco psíquico articulado por el objeto significativo. La pulsión, mentada por Freud como concepto límite entre lo psíquico y lo somático, podría desde esta perspectiva reformularse al mismo tiempo, como concepto límite entre lo psíquico y lo social.

La noción de objeto como revelador de la pulsión (Green, 1988), vino a poner en evidencia metapsicológica los desarrollos que aludieron en el pensamiento analítico, a la trascendencia de los intercambios tempranos, sin los cuales no habría posibilidad de supervivencia. Desde esta perspectiva, podemos entender al montaje pulsional, como a una configuración donde el objeto no puede faltar. Objeto soldado al ensamble pulsional desde un lugar de sostén activo implementado por la función materna, para luego sí, pasar de modo singular, a sedimentar –trabajo de la introyección mediante- como parte del **montaje pulsional con funcionamiento propio**. Considerado así, el objeto no es lo más variable de la pulsión, sin que antes quede fijado a la misma; la sustitución debe tener como condición previa, la matriz objetal que habilite el proceso.

Como se advertirá, estoy proponiendo un concepto de pulsión, anclado al principio en el vínculo madre-infans, para luego concebirlo en términos de sujeto, como engranaje relativamente independiente, aunque nunca del todo. Lo social (vincular) crea aquí lo individual...singularizándolo. Constitución del inconsciente, procesos de contracatexis que establecen una represión primera y barrera antiestímulos, son desde esta perspectiva, términos solidarios en relación al sostenimiento materno. Aquí, al comienzo indiferenciado del infans, podríamos atribuir, la participación activa de una **alteridad silenciosa** que trabaja en pos de la diferenciación progrediente.

Del éxito vincular que se liga a la noción de experiencia de satisfacción podríamos advertir que dicho montaje pulsional no se configura sino de modo singular y que dicha configuración determina o condiciona de modo central, el devenir de la estructuración psíquica. Fue así, como el salto de la primera tópica freudiana a la segunda, testimonió a favor de la importancia que progresivamente iría a adquirir -tanto en la teoría como en la clínica- la intervención del objeto en el devenir de la subjetivación.

Estamos hablando de las bases del self, del anudamiento psique-soma, donde los procesos de integración y de personalización (Winnicott, 1948) sientan los cimientos de la organización psíquica y de la complejidad que rige los movimientos de sus fronteras. Dice Winnicott al respecto: “Un nuevo paso en el desarrollo se produce al aparecer lo que podríamos llamar una ‘membrana restrictiva’ que, dentro de la normalidad, cabe equiparar a la superficie de la piel, y se encuentra situada entre el ‘yo’ y el ‘no yo’ de la criatura. De este modo la criatura entra en posesión de un interior y un exterior, y de un esquema corporal. Y también de este modo adquiere sentido la función de recibir y dar” (“El proceso de maduración en el niño”, pág. 50).

La repuesta del objeto significativo, junto al impacto de la misma sobre el infans (noción de huella), singularizan la configuración del **ensamble pulsional**. En tal sentido, podríamos decir que hay una historia del montaje pulsional en tanto historia del anudamiento psicósomático. . Historia viva (esa es la diferencia que Freud avistó respecto del modelo arqueológico) que se aviene ahora al encuentro analítico y permite al analista situarse de lleno en ella. Esta es la clave de la efectividad transformacional del espacio analítico. Historizamos sí, pero también (y quizá ello se lo más relevante) **hacemos historia**. Este costado activo de nuestra tarea junto al paciente, nos coloca en un lugar de responsabilidad en tanto que damos res-puesta a lo que se pone en juego. El anlista, como **persona** (he aquí mi insistencia en el proceso que Winnicott en 1948 denominó “personalización”), se ve ahora en **la cocina viva de la ensambladura pulsional**, invitado a participar de ella; oportunidad, que lo coloca al mismo, en la encrucijada de lo

inédito y lo fijo; de su comprensión e instrumentación de este hecho singular, dependerá , a mi entender, la oportunidad de cambio psíquico.

El analista entonces, se sitúa por dentro o por fuera de esta historia; esa es su disyuntiva. Y dos son los riesgos respectivos. Uno, es de fracaso seguro: aquel en que situándose por fuera de la historia, el analista invita al paciente a un juego meramente especulativo -dentro de la dinámica cruzada de significantes aportados por analista y paciente- que se juega entre las fronteras de la catársis y la sugestión en sus diversas variantes. Aquí, el analista no está comprometido, y el encuadre, es regido por una relación contractual que en verdad lo pone (¿a salvo?) fuera de juego; a lo sumo es espectador activo de una historia habida, que gira en torno de sí misma. El otro riesgo: aquel en que el analista atrapado en las proyecciones del paciente, no puede discernir el material potencialmente disponible para su trabajo efectivo. Lo aglutinado del paciente (Bleger, 1962) toma cuerpo en el espacio analítico, activando lo aglutinado del analista. Según la referencia stekeliana, paciente y analista, se mueven en torno de sus puntos ciegos, con el valor agravado de estar sellando un pacto inconsciente de oscuridad; tal, es la derivación hacia un posible análisis, fallidamente interminable.

Es en esta línea, donde los procesos encuadradores (Green, 1984) de la estructura psíquica, son tributarios del marco potencial que se extiende primero, entre la madre y el bebé y luego entre el sujeto y el mundo externo, y que, hacen emerger los objetos transicionales como fenómenos reveladores del acontecer del vínculo y de su fecundidad creativa emergente. Si para Green el objeto revela la pulsión, debemos decir con Winnicott que el objeto transicional revela el **germen vincular** que abre las puertas a la alteridad; y entiendo, que eso nos dice Winnicott cuando señala: "(...) en mi opinión el término de objeto transicional deja lugar para el proceso de adquisición de la capacidad para aceptar diferencias y semejanzas. Creo que se puede usar una expresión que designe la raíz del simbolismo en el tiempo, que describa el viaje del niño, desde lo subjetivo puro hacia la objetividad; y me parece que el objeto transicional (trozo de frazada, etcétera) es lo que vemos de ese viaje de progreso hacia la experiencia" (*Realidad y Juego*, pág. 23).

En esta línea, el otro del objeto, ese al que Green (1984) apunta como asociado al objeto significativo, es en tanto terceridad -advertida gradualmente desde el comienzo por el infans-, **el padre interdictor entre las bambalinas del osito de peluche**; esbozo de alteridad al comienzo, se erige sin dudas con el tiempo, en el garante del ordenamiento simbólico y el acontecer cultural. El padre, que, presente, en la mente de la madre, se desliza al alcance sensorial del infans, a través de la materialidad propia de un algo (osito de peluche, orillo de una tela, etc) que lo hace entrar gradualmente en el tiempo y el espacio. Y que -si todo va bien-, lo llevará bajo su égida, a una **terceridad arborescente e infinita**; o sea, un “hilo de Ariadna” hacia la vida en el espacio y el tiempo, pero atravesada por la infinitud propia del orden de la **lógica de la identidad de pensamiento**.

No creo posible el acceso al logro de una alteridad lograda en la mente de la madre, sin esa secuencia satisfactoriamente cumplida del progreso transicional de lo subjetivo puro a lo objetivo. Sin este desarrollo mental en la madre, estimamos poco probable el despliegue de su facilitación en el hijo, del mismo modo que la figura carnal del padre, no estará muy lejos de la posición que ocupa en el interior de aquella; elementos solidarios, en más o en menos, de la estructura familiar como sistema.

Desde esta perspectiva, la trascendencia de la transferencia como fenómeno universal del psiquismo, adquiere toda su dimensión potencial en el espacio analítico. Justamente en ella, se juegan las variantes de la alteridad y, las vicisitudes conducentes a su mayor desarrollo o, en el peor de los casos, a su entrapamiento de efectos diádicos. Su instrumentación por parte del analista (¡y, qué duda cabe que del paciente también!) pone dentro de dicho dispositivo la revelación de los modos más incoativos del acontecer psíquico vincular. Es dentro del marco analítico donde **el diálogo transfero-contratransferencial**, dará lugar a un efecto de verdad no reductible a las unidades en juego sino a los efectos del despliegue recíproco vincular; de allí que hablamos de **“verdad vincular” (Lutenberg , 1993)**, en tanto producto emergente de ese carril de doble mano que configuran autopistas mentales de infinitos recorridos. Lo entrevió Winnicott en el “squiggle game” (1968), donde los efectos de develamiento inconsciente se

juegan en el armado de un tejido a dos puntas, donde transitan productos cuya autoría ni siquiera pertenecen a los dos miembros del juego; en rigor, le pertenecen al espacio analítico y, como derivado de este, es lo que lícitamente Green denominó como “**objetos analíticos**” (1990).

La emergencia de nuevos productos nacidos del **ensamble transferencial** (donde me gustaría hablar de la contratransferencia no sólo del analista sino de la del paciente también, ¿o acaso no habría una resonancia emocional en el paciente a la transferencia por parte del analista?) parecen así hablar de una nueva escena que escapa a la repetición de lo mismo. Dar cuenta de esta escena implica indudablemente una tarea de **clivaje analítico** a instrumentar por el analista, donde el discernimiento acerca de lo depositado y los depositarios es clave.

El analista da así, alojamiento mental a lo depositado por el paciente en la medida que lo discrimina de sí y lo retorna transformado en dosis tolerables para el paciente. Dicha tarea de “reverie”, como vemos, propone un **trabajo personalizante**, del que emerge un efecto de verdad vincular donde se cumple algo aún más trascendente al lado de ese proceso; esto es, el de la introyección de una **estructura encuadradora (Green, 1984)** que dé lugar a que aquel proceso se lleve a cabo. Luego, no hay verdadera integración psíquica sin la generación de un espacio psíquico que de alojamiento a lo que antes no podía darlo, justamente por la falta de él. Lo que estamos diciendo, es que **el proceso analítico se mueve entre lo que hay y lo que no hay**. Si el analista no entendiera y cumpliera con este proceso -que exige de un gran compromiso, no sólo como objeto de transferencia sino como sujeto capaz de devolver de otro modo nuevo, aquello que en lo transferido se revela como fallo- su tarea operaría sólo en un nivel ideacional que lo colocaría -como hemos dicho- por fuera del campo de las transformaciones afectivas del campo vincular con el paciente.

Podríamos decir con esto, que el develamiento de los significantes no pueden constituir por sí mismo todo el trabajo analítico (quizá en su mayor parte se cumpla de ese modo en la neurosis; pero ello, parecería pertenecer más a una consideración teórica que fáctica; dado que, como sabemos hoy, aún en el mejor

de los casos, el funcionamiento mental es sólo a predominio de ella). En las aguas profundas de la fisuras narcisísticas, los significantes quizás no sean más que boyas en un recorrido que, para seguir su curso no haya otra mejor tarea que crearlo (habría que hablar no sólo de las representaciones-meta sino también - fundamentalmente en estos casos- de la **meta de la representación**). Es decir, que hay zonas mentales cuyas geografías pródigas en precipicios y accidentes intransitables, imponen al trabajo analítico, la **creación de una territorialidad capaz de albergar representaciones**. Como verán, se trata más de sentido que de significación. No puede ni debe ponerse el carro delante de los bueyes: el análisis no progresa sino en una mera tarea sobreadaptativa, cuando está sólo basado en desarticulaciones de falsos enlaces, que a excepción de la neurosis, tienen por objeto la noble tarea de crear un mínimo de ligadura posible. **La verdad de la representación de poco sirve si no tiene en cuenta a la verdad vincular** (después de todo, la representación, no es más que el testimonio mental del vínculo o, por lo menos de su impronta); esa que tiene que ver con el sentido del vínculo transferencial y por lo tanto con la posibilidad de crear un espacio potencial que de alojo al juego representativo, que sí luego podrá expandirse en la lógica de la dialéctica ligazón-desligazón, propia del vivir.

Resumen

En el presente trabajo, el autor intenta reformular el concepto de pulsión abordándolo en su perspectiva socio-vincular; donde a pesar de su raigambre biológica, se hace imposible pensarlo sin el atravesamiento del objeto significativo. Objeto-madre o adulto tutelar, que en la implementación de un sostén activo (holding) a través del proceso de “personalización”, posibilita la integración psíquica y el ingreso a la terceridad. En ello radica, el “germen vincular”

Descriptorios

Pulsión – Objeto transicional – Transferencia – Alteridad.

Bibliografía

Antar, D.: "Para una metapsicología del encuadre como espacio transicional", VIII Encuentro Latinoamericano sobre el Pensamiento de Donald Winnicott, 1999.

___: "En la trastienda de la desmentida: el objeto mortífero" XXVIII Congreso Intermedio y XXXVIII Symposium de A. P. A., 2000.

___: "El psicoanálisis de niños hoy", Trabajo presentado en las XXIII Jornadas Freudianas del Centro Sigmund Freud de Estudios Psicoanalíticos.

___: "Para un ensayo sobre psicosexualidad", presentado en el XLVII Symposium de A.P.A, 2009.

Bleger, J.: *Simbiosis y Ambigüedad*, Paidós, a1964.

Dolto, F: *La imagen inconsciente del cuerpo*, Buenos Aires, Paidós, 1984.

Freud, S (1905): "Tres ensayos de teoría sexual", Amorrortu Editores, tomo VII .

Green, André (1988): "La pulsión y el objeto" , en *La metapsicología revisitada*, Buenos Aires, Eudeba, 1996.

___: *De locuras privadas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1990.

___ (1984): "El objeto y la función objetalizante", en *La metapsicología revisitada*, Buenos Aires, Eudeba, 1996.

___: *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*, Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

Laplanche J. y Pontalis, J.-B (1981): *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona, Labor.

Lutenberg, L: *El psicoanalista y la verdad*, Ed. Publika, 1998.

Winnicott, D. W. (1945): "Desarrollo emocional primitivo", en *El proceso de maduración en el niño*, Barcelona, Laia, 1979.

-----: (1949): "La mente y su relación con el psiquesoma", en *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Barcelona, Laia. 1979.

____: (1968): *Clínica psicoanalítica infantil*, Horme, 1971.

____:(1969) : "Objetos y fenómenos transicionales", en *Realidad y Juego*, Barcelona, Gedisa, 1992.